www.elboomeran.com

Llamada perdida

Gabriela Wiener

www.elboomeran.com

Llamada perdida

Gabriela Wiener

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

www.elboomeran.com

Para Elsi, Raúl y Elisa, al otro lado de la línea.

www.elboomeran.com

Advertencia

Admite el señor Phillip Lopate, uno de los principales estudiosos y escritores del género del ensayo personal, que siempre ha admirado a escritores como Jack Kerouac o Henry Miller que son capaces de convertir sus vidas en una saga épica. Cuando se propuso utilizar la suya como materia literaria, sin embargo, se dio cuenta de que estaba muy lejos de poder emular a sus ídolos: él no se había enrolado en la marina mercante, ni había sido un revolucionario, ni se había ido de putas en París. Él sólo era un profesor aburrido que escribía poemas y textos en primera persona. Tal vez por eso su libro *Retrato de mi cuerpo* es la demostración de que el milagro se esconde entre lo oscuro.

Confieso que, a diferencia de Lopate, yo sí me he ido de putas en París. Y he hecho otras cosas que algunos encuentran audaces. He visitado mundos raros para contarlos. He tenido experiencias. Pero de un tiempo a esta parte me atrae también otro tipo de aventuras. Me refiero al relato del tejido social y emocional en el que operamos. He asumido no sin pudor —alguna vez tenía que pasar— el papel de comentarista de la realidad relegando el de protagonista. O no.

Lo cierto es que nunca he podido narrar —ni opinar— desde un lugar discreto, nunca he podido hacerme invisible, y para ser sincera tampoco lo he intentado. Amo la realidad que desenmascaramos en cada uno de nuestros actos. Amo la voluntad de asombro. Cuando niña me intoxiqué de poesía confesional y de los trabajos de artistas que escribían con su sangre y nos mostraban la cama donde acababan de tener sexo. Me interesan los documentales que hacen los hijos sobre sus familias tanto como los libros de memorias que nadie contaría, narraciones llenas de episodios bochornosos. La in-

www.elboomeran.com

timidad es mi materia y es mi método. Y, sí, esa necesidad de exponerme tiene que ver más con la inseguridad que con la valentía. La autorrepresión siempre me pone al borde del arrebato y en situaciones incómodas de las que nunca sé cómo salir. Pero salgo y salgo un poco distinta.

Este puñado de historias y observaciones no son más que frutos de la reincidencia en el vicio de documentar lo que me rodea con la esperanza de que al relatarme alguien más se sienta relatado. Si algo he aprendido de gente como Lopate o Emmanuel Carrère —otro desencantado de la ficción, autor de libros híbridos y raros que son a la vez autoficción, reportaje y literatura del yo— es que hay muchas primeras personas: no todas son estúpidas o inoportunas. Y que, como dice Lopate, siempre habrá una tensión entre nuestro lado seductor y nuestro lado insufrible.

Creo que lo más honesto que puedo hacer literariamente es contar las cosas como las veo, sin artificios, sin disfraces, sin filtros, sin mentiras, con mis prejuicios, obsesiones y complejos, con las verdades en minúscula y por lo general sospechosas. Hacerlo de otra manera sería presuntuoso por mi parte. Estaría engañándome y engañándolos. Gay Talese escribió que la misión de un escritor de no ficción es dar cuenta de la corriente ficticia que fluye en los túneles subterráneos de lo real. Hay escritores que buscan la verdad a través de la ficción. Me gusta pensar que formo parte del otro grupo, el de esos excavadores que buscan en lo real lo impredecible y lo extraño (pero también lo abrumador) de la normalidad, el absurdo que contienen las noticias, todo eso que puede ser tan serenamente triste como una llamada perdida.

www.elboomeran.com

LLAMADAS DE LARGA DISTANCIA

www.elboomeran.com

Cuanto mayor es la belleza, más profunda es la mancha

Serguéi Pankéyev está llorando por primera vez delante de su médico. Su nariz crece y enrojece violentamente con los espasmos del llanto. Es muy simple, para él su nariz es como un montón de lobos blancos que lo miran estáticos desde el árbol que está frente a su ventana. Sigmund Freud se peina la barba mientras Pankéyev, entre sollozos, vuelve a mencionar su nariz, el oscuro y deforme centro de su rostro. Hoy no espera profundizar en la visión de su padre penetrando salvajemente a su madre, no quiere saber nada más acerca de la vez en que su hermana se bajó el calzón y le dijo «come de aquí» o de todo lo que soñó hacerle a su institutriz inglesa antes de que ésta lo descubriera mirándola y lo amenazara con cortarle un trozo del pene. Serguéi sólo quiere que los lobos quietos y blancos, posados como palomas en las ramas, desaparezcan, pero éstos se empeñan en gritarle que es como una maldita foto de Cindy Sherman, que su cara es el circo de la mujer gallina y su nariz, sobre todo su nariz, un zurullo; pobre ruso adinerado.

Sufro trastorno dismórfico corporal, la misma enfermedad que sufría Pankéyev y que en vano trató de curar Freud. Como el aristócrata ruso, me preocupo obsesivamente por algo que considero un defecto en mis características físicas. Lo más perturbador de una enfermedad así es que ese defecto puede ser real o imaginario. No está claro quién o qué determina lo que es evidencia o producto de la fabulación. Es algo así como si entre los monstruos de nuestras pesadillas, en medio de los niños de dos caras, de los bebés que nacen con sus hermanos en el vientre y los gatos con seis patas, estuvieras tú.

El mal existe, como la deformidad y la putrefacción.

Nadie podrá despreciarme mejor que yo. Ésa es mi conquista.

www.elboomeran.com

La voz interior es siempre un recuento de catástrofes y barroquismos: mis dientes torcidos, mis rodillas negras, mis brazos gordos, mis pechos caídos, mis ojos pequeños clavados en dos bolsas de ojeras negras, mi nariz brillante y granujienta, mis pelos negros de bruja, mis gafas, mi incipiente joroba y mi incipiente papada, mis cicatrices, mis axilas peludas y abultadas, mi piel manchada, pecosa y lunareja, mis pequeñas manos negras con las uñas carcomidas, mi falta de cintura y curvas traseras, mi culo plano, mis cinco kilos de sobrepeso, los pelos hirsutos de mi pubis, el pelo de mi ano, los pezones grandes y marrones, mi abdomen descolgado y estriado. El tono de mi voz, mi aliento, el olor de mi vagina, mi sangre, mi fetidez. Y aún me falta hacerme vieja. Y descomponerme.

En una época me dibujaba, construía collages con fotografías recortadas, unía partes de mi imperfecto cuerpo con recortes de cuerpos de modelos increíbles. En uno de mis autorretratos tengo un rubí en el pezón y mi cuerpo es el de una heroína de cómic erótico de los setenta. Soy una muñeca recortable y tricéfala a la que le he cortado el cuerpo y le he dejado los vestidos.

Todos los acomplejados somos unos formalistas. Nietzsche lo dijo así: «El hombre se mira en el espejo de las cosas, considera bello todo lo que le devuelve su imagen. Lo feo se entiende como señal y síntoma de degeneración». Por lo general se da por descontado que en el mundo hay feos, pero las personas no se imaginan que pueden estar en ese grupo. En el peor de los casos es cuestión de gustos o de puntos de vista, o la belleza es subjetiva o depende de la época o de lo que entienda la cultura occidental. Nadie quiere ser simpático. Ninguna mujer quiere ser sólo agradable. Hay pocas cosas tan en desuso como la belleza interior. Algunas veces me he aplicado al ejercicio de juzgar estéticamente a otros como una gran entendida. Todos sabemos que para la gente realmente hermosa éste no es un tema de conversación —los guapos de verdad ni se dan cuenta de lo guapos que son—, pero para la gente fea tampoco, para

www.elboomeran.com

ellos no es un tema: es el único tema. De hecho, alguien que no habla del físico de los demás, aunque no sea una persona guapa, sólo por la abstención ya puede considerarse un poco guapo. En cambio, a alguien regular, e incluso a alguien semiguapo, lo afea bastante hablar de la belleza o la fealdad de los otros.

¿Estoy loca? Creo que poca gente se siente atraída por mí a primera vista, tan poca que cuando ocurre me sorprende, y esto puede ser muy molesto en un mundo donde casi la mitad de la población tiene una anécdota acerca de un amor fulminante. Y claro, cuando me conocen sí, ven mis cualidades, también físicas, como mis pechos grandes, mi cabellera negra y brillante, mis boca pequeña y dibujada con ese punto de exotismo e indefensión; sobre todo desnuda parezco una nativa amazónica recién capturada, eso da morbo, morbo colonial, sí, eso dicen mis amantes o mis amigos, que a veces son genios feos: considero que si mis amantes o mis amigos son feos, también es un problema mío, me afean más. Me pasa lo mismo con lo que escribo. Lo que escribo siempre me afea. No hablaré aquí del odio que le tengo a las escritoras que además de escribir bien son portentos femeninos. Tengo a una enterrada en mi jardín. La belleza mata. Para Bataille, desear la belleza es ensuciarla, «no por ella misma, sino por la alegría que se saborea en la certeza de profanarla. [...] Cuanto mayor es la belleza, más profunda es la mancha».

Umberto Eco, un feo clarísimo, en su *Historia de la fealdad* citaba a Marco Aurelio —apodado «el sabio» y no «el hermoso»— para certificar la belleza de lo imperfecto, «como las grietas en la corteza del pan». Otra que se consideraba fea era Alejandra Pizarnik, la poeta argentina suicida. Pizarnik escribió: «Te deseas otra. La otra que eres se desea otra». Es la frase que escogí para que me defina en Facebook. Nunca unas palabras (sacadas de su contexto) me habían explicado mejor.

www.elboomeran.com

Amar a un hombre bello y, lo que es peor, ser amada por uno, no es exclusivo de las mujeres bellas. En la película *Pasión de amor* del director Ettore Scola, un apuesto capitán del ejército italiano enviado a vigilar la frontera conoce a Lady Fosca (Valeria D'Obici), la prima de uno de sus superiores, que tiene la particularidad de ser fea y un poco deforme. Enfermiza, histérica, con su huesudo y anémico rostro, sus orejas de ratón y esa larga nariz, Fosca se enamora del guapo capitán. La bella y la bestia al revés.

Ella no sólo es fea: también sufre por ser fea. Y no hay nada que desee más una fea que belleza. Su narcisismo es como la sed que no puede ser saciada y su mundo interior un lugar a oscuras, por eso desea a quien técnicamente no puede desearla. Y lo asedia. Es capaz de humillarse por él, su entrega es desesperada y salvaje, su anhelo la enaltece, diríase que hasta la embellece. El suyo es un amor subversivo; algunos ineptos lo llamarían suicida. En realidad, Fosca se desea otra. No ama tanto al hombre como la belleza de ese hombre y sueña con hacerla suya porque de esta manera acaso conseguirá verse un poco menos fea. El hombre bello es el espejo en que ella se mira. Pero la amante fea es el espejo moral del hombre bello. La dolorosa situación de la dama resulta magnética para un hombre piadoso y profundamente halagado. Casi tanto como las telarañas que la deforme teje a su alrededor. Así que el apuesto capitán la ayuda, la acompaña, la cuida, le da a Fosca el afecto, la atención y las miradas que el mundo le ha negado. Hasta conocerla, el capitán sólo había sido un hombre bello, ahora es un ser trágicamente grandioso.

Ser un hilo de conversación, un tema, un post para el escarnio público.

En la foto que alguien colgó en un blog anónimo yo estaba sentada en el suelo comiéndome un plátano. A continuación hay 395 comentarios en los que me llaman fea o en los que se explayan sobre

www.elboomeran.com

todos los hombres que supuestamente me tiré estando casada y lo puta que soy en general. Lo de puta nunca me ha dolido particularmente, no perdamos el tiempo en eso. Pero lo otro, lo otro, esa evidencia...

Alguna vez yo también me odié de esa manera.

Si la dismorfia corporal es una enfermedad mental, ¿me lo estoy imaginando todo? ¿Soy fea? ¿Soy en realidad bella? Y si me lo estoy imaginando, ¿por qué hay gente hablando de eso, escribiendo sobre mi fealdad? ¿Por qué es un tema? ¿Por qué me ama entonces un hombre bello? ¿Debería ser bella? ¿Querrían que fuera bella para así justificar su dolor, su apetito, su virulencia? ¿Tiene, en ese caso, más que ver con mi impureza moral que con la física? ¿No con que era linda como decían mamá y papá? ¿Será la mezcla de ambas cosas? ¿Estoy loca si me hago estas preguntas? ¿Nadie más se las hace?

Hay un dibujo, una pequeña viñeta, que hice a partir de una frase que me dijo un día alguien que me ama a pesar de mis trastornos, de mis complejos, o precisamente por ellos. Dijo: «Me hubiera gustado conocerte de niña y decirte que eras la niña más bella del mundo». En mi dibujo, él viaja al pasado, me encuentra, me sienta en sus rodillas y, como él es el hombre más bello que yo he visto nunca, me dice esa frase al oído y yo lo creo y nunca más se me olvida. Así, en esa historia alternativa de mi vida, yo creceré sin el trastorno y no me haré más preguntas.

www.elboomeran.com

El Gran Viaje

En el año 2003 yo estaba lista para perderlo todo. Tenía una vida, un trabajo, un amor, una familia, un país, y ésas son demasiadas certezas para una chica que quería seguir considerando su vida como una historia con un final abierto y no como un panfleto inaguantable. Sí, la vida está en otra parte, concluía esa joven mujer que solía ser yo, aún impregnada de la vieja y un poco tonta idea de que, alguna vez, había que dormir en alguna ciudad con buhardillas y lluvias, lejos de Lima, donde nunca llueve y las cosas se ensucian sin remedio.

La decisión de emprender el Gran Viaje, no obstante, implicaba una serie de desafíos a los que hasta entonces no había tenido que enfrentarme. El Gran Viaje sería, al menos en su etapa inicial, mi debut como viajera solitaria y emancipada. Es verdad que había viajado sola, pero no estrictamente sola. Allí estaba la vez en que mi madre me envió a Ayacucho —la ciudad de las iglesias y los muertos—, a casa de una amiga suya, para alejarme de mi novio drogadicto y hacerme olvidar un aborto no deseado cuando tenía dieciocho años. Había estado en Bogotá invitada por un *lobby* farmacéutico que buscaba promocionar la píldora del día siguiente y había hecho algún otro viaje irrelevante como periodista. Fueron viajes solitarios, pero no me confrontaron con la soledad.

Estudiar cualquier cosa en España era la excusa perfecta para desaparecer. En esa época, la Península era todavía un buen lugar para vivir, trabajar, empezar de nuevo, y aunque no fuera París estaba a pocas horas en tren de la ciudad de las buhardillas y la lluvia, donde algún día escribiría la novela que me redimiría. El destino elegido para el Gran Viaje fue Barcelona, una ciudad de la que sabía muy poco. Recuerdo haber leído un reportaje en la revista *Gatopardo*, escrito por algún cronista subyugado por los edificios de Gaudí,

www.elboomeran.com

por su equipo de fútbol y por sus *castellers*: la antigua y temeraria tradición de formar castillos humanos de varios pisos de altura. Me dije que en una ciudad donde se vive de aquella manera la alegoría de «la unión hace la fuerza» bien valía la pena intentarlo. Se necesita valor, fuerza y equilibrio para aguantar una torre humana sobre tus hombros, y eso olía a profecía.

Habían pasado dos años desde que saliera de la casa de mis padres para mudarme con Jaime. El plan de fuga lo incluía a él, pero no de forma inmediata. Jaime trabajaría unos meses más, quizá un año, ahorraría dinero e iría detrás de mí apenas pudiera… Algunas veces me pregunté si en realidad lo estaba abandonando. Otras veces me pregunté si él quería perderme.

Planear la huida definitiva no se parece en nada a preparar un viaje de vacaciones porque el que se va de verdad no necesita mapas, ni guías turísticas, no le interesa si en su destino hay monumentos maravillosos. Las cosas que ignora son su principal ventaja. Lo más importante, además, el migrante ya lo sabe: que hará lo que sea para irse, no importa si tiene que borrarse del mapa. Posee todo el tiempo del mundo para descubrir si llegó o no al lugar adecuado, y que el lugar sea adecuado dependerá en última instancia de sí mismo. Para el viajero, el pasaporte es como la piel, cada viaje es una marca, una herida, una arruga, una historia que contar. Dime cuánto has viajado y te diré cuánto sabes, apuntan los filósofos del viaje. Para el migrante, en cambio, el pasaporte es eso que mira la policía sin una pizca de simpatía. Los migrantes pasamos cada día delante de la Sagrada Familia o la Torre Eiffel sin emoción.

Cuando me había convencido ya de arrancarme de mi vieja vida, de dar rienda suelta a esta emigración disimulada, en lugar de hacer las maletas me vi organizando mi propia boda.

Fue una *boutade* o un gesto simbólico. Una manera de decirnos que, no obstante la separación, seguiríamos juntos. Nos casamos. Y los invitados, en lugar de regalarnos los electrodomésticos habi-

www.elboomeran.com

tuales, nos obsequiaron unos dólares para colaborar con el Gran Viaje. Pero, por el momento, el novio se quedaba en tierra. A esa persona que nunca había vivido sola, que había cambiado la casa que compartía con sus padres por la casa que compartía con su novio, ésa que fui yo, le esperaban exactamente tres meses de auténtica soledad en un país extraño, mi luna de miel personal.

Estaba exultante. Y cagada de miedo. Una semana antes del viaje rodé por las empinadas escaleras de un bar, quizá 15 escalones, y aterricé de cara. Me rompí el codo y me quebré un pómulo. Lo intentamos todo. Mi madre me llevó a un sitio en el que hacían acupuntura para ver si me recuperaba en tiempo récord pero fue inútil. Viajé con cabestrillo. Fue un verdadero suplicio. Llegué de milagro empujando mis maletas con un pie. Me esperaba uno de mis dos nuevos compañeros de piso, el peruano. El otro era catalán. Un par de desconocidos a los que tuve que acostumbrarme rápidamente: compartíamos el baño todas las mañanas. Si digo que lloré todas las noches mentiría. Fueron sólo algunas. Apenas sabía cocinar frituras, tallarines con tomate y arroz blanco. Lavar mi ropa y colgarla tampoco había estado entre mis planes hasta entonces. Era una chica de clase media y las chicas de clase media en Lima no hacen esas cosas. Pronto supe que me costaría encontrar trabajo. Los peruanos que conocía, que llevaban algunos años viviendo en Barcelona, trabajaban repartiendo periódicos en el metro o disfrazados de Capitán Pescanova en los supermercados. Yo quería publicar libros. Jaime estaba lejos. Mi familia estaba lejos. El invierno nos pisaba los talones.

Hoy, cuando han pasado diez años desde el inicio del Gran Viaje, abro mi ejemplar de *Los detectives salvajes*. Es la edición de bolsillo de Anagrama, está ajada y sucia, como deben estar los libros que han significado algo para uno. Aún está la etiqueta pegada en la contratapa. Me costó 10 euros con 50. Lo compré en la bonita libre-

www.elboomeran.com

ría Laie, de la calle Pau Claris. Hay una fecha, 23 de octubre de 2003. Yo llegué un 8 de octubre a Barcelona, así que comprarme la novela de Roberto Bolaño debe de haber sido una de las primeras cosas que hice al llegar. Todavía recuerdo dónde estaba cuando leí las primeras líneas: «2 de noviembre. He sido cordialmente invitado a formar parte del realismo visceral. Por supuesto, he aceptado. No hubo ceremonia de iniciación. Mejor así». Estaba echada en mi pequeña camita individual. Había aprendido en pocas semanas a ser sigilosa. Una de las paredes de mi habitación tenía una especie de abertura en forma de arco, muy grande, que daba a la sala y que sólo estaba cubierta por una cortina de color bermellón. Hiciera lo que hiciera, mis compañeros de piso podían escucharme. Mi vida privada dependía de unas cortinas.

Hojeo velozmente las páginas de mi ejemplar de *Los detectives salvajes* esperando encontrar algo de aquella época, pero me sorprende una vez más no ver nada, ni una anotación ni un billete de metro: no hay testimonio de mi lectura y eso me hunde. Cuando llegué, Roberto Bolaño acababa de morir. Había vivido desde los ochenta en esta ciudad y luego a las afueras, en Blanes, un pueblo de la Costa Brava a una hora de Barcelona; pero ya no estaba más, había muerto esperando un trasplante de hígado meses antes de mi llegada; su fantasma, como el de Cesárea Tinajero en el desierto mexicano, también merodeaba por aquí y yo me hallaba por completo bajo su influjo. En suma, era víctima del síndrome que aqueja a cualquier joven con aspiraciones de escritor que se inicia en la lectura de Bolaño: me sentía, repentinamente, una detective salvaje. Algo de mi soledad temporal, el color de esos precarios días, el brillo de cierta pobreza de artista, las dudas sobre mi futuro y mi enorme ambición me hacían verme reflejada en sus páginas.

Y estaba la ciudad ofreciéndome escenarios para mis fantasías bolañescas: cada vez que cruzaba la calle Tallers, cerca de donde había vivido Belano (y también Bolaño), o cuando veía desde el tren

www.elboomeran.com

el Camping Estrella de Mar, donde Belano (y también Bolaño) había sido vigilante nocturno durante una época, sentía que perseguía sus huellas, que encontraba pistas, que iba a llegar al Desierto de Sonora en mitad de La Rambla. Una más entre cientos de fans que hicieron lo mismo que yo, esto es, peregrinar por la Barcelona de Bolaño leyendo sus libros para después contarlo en sus blogs.

En ese tour literario, Blanes era un destino ineludible. Uno de esos días en que debía ir a la universidad, me enteré por un amigo de que esa misma tarde le rendían un gran homenaje en la Biblioteca de Blanes. No fui a la universidad, metí unas cosas en la mochila y me dirigí a la estación. No tenía ni idea de cómo volvería. Quizá tendría que pasar la noche allí, en algún hotelito de mala muerte, pero lo bueno es que al día siguiente podría recorrer el pueblo preguntando por Él. La biblioteca rebosaba de gente. En el estrado, los escritores Rodrigo Fresán, Javier Cercas, Enrique Vila-Matas, Alan Pauls y otro al que no conocía contaron anécdotas sobre Roberto que arrancaron carcajadas. Yo aún vibraba porque había bordeado en tren el filo azul del Mediterráneo para encontrar en la estación a una prostituta negra a la que le pedí un cigarro —las putas eran bolañescas— y me había dado por recordar los poemas de *Los perros románticos*: «En aquel tiempo yo tenía veinte años / y estaba loco. / Había perdido un país / pero había ganado un sueño. Y si tenía ese sueño / lo demás no importaba. Ni trabajar ni rezar / ni estudiar en la madrugada / junto a los perros románticos. / Y el sueño vivía en el vacío de mi espíritu».

Cuando todo acabó, seguí de lejos al grupo oficial que se dirigía a algún sitio. Qué desamparo sentía bajo esa noche estrellada e imprecisa y, a la vez, qué nerviosa alegría, qué pasión adolescente me hacía avanzar. Tenía veintiocho años, me acercaba a la treintena, pero, gracias al Gran Viaje, los veintes empezaban otra vez para mí de manera radical. Hablé antes de que mi realvisceralismo me abdujera. Escuché mi voz diciendo algo, me presenté a alguien, quizá

www.elboomeran.com

hasta dijera algo ridículo como que era la fan «número uno» de Bolaño; seguro que lo dije, seguro que me humillé lo suficiente como para que alguien me dirigiera la palabra porque pronto descubrí que el que caminaba más cerca de mí, el único escritor de la mesa al que no conocía, se llamaba Toni García Porta y había sido uno de los mejores amigos de Bolaño. Ambos habían escrito a cuatro manos *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*. También supe que el que caminaba a su lado, un chileno muy alto y canoso, se llamaba Bruno Montané. Y cuando llegamos a la fiesta —en la que me colé— supe que en él se había basado Bolaño para su Felipe Müller, el compañero chileno de Belano que vivía en Barcelona y que solía cuidar de la madre de su amigo. En la fiesta también estaba la madre de los hijos del desaparecido autor, Carolina López. En una esquina, Vila-Matas hablaba con Cercas. Yo escuchaba embelesada las historias de Bruno y Toni hasta que una llamada nos interrumpió. Se dijeron algo que no pude escuchar. De repente, uno me dijo que tenían que irse de ahí y me preguntó si quería acompañarlos. Ok, les dije. En el coche les pregunté adónde íbamos, pero no quisieron decírmelo. Actuaban misteriosamente, de un modo casi lúdico. Aparcamos delante de un bar de barrio no demasiado iluminado en una calle muy oscura. Olía a mar. Quizá hasta se oía el mar. Dentro había tres mujeres sentadas alrededor de una mesa, esperando: eran la madre y la hermana de Bolaño y Carmen Pérez, la mujer a la que Roberto había amado durante sus últimos tres años de vida. Pero yo aún no lo sabía. Ninguna se había presentado a la fiesta oficial.

La noche fue larga o al menos yo intenté alargarla escuchando a estos personajes inesperados, más bolañescos que ninguno, hablar de mi héroe, de los frágiles vínculos entre la realidad y la ficción. De Alcira Soust, la poeta vagabunda en la que Roberto se inspiró para su personaje de Auxilio Lacouture de *Los detectives*. Estábamos muy lejos de la pompa, de los escritores de prestigio y del ruido de los

www.elboomeran.com

homenajes, que a Bolaño le habrían chirriado. La atmósfera se cargaba por ratos de la emoción y el dolor de los recuerdos comunes y, suavemente, volvía a tornarse ligera entre risas y una inefable ternura, como si el espíritu del detective nos fuera llevando de la luz a la oscuridad, de la oscuridad a la luz, sin dramatismos. Nos fuimos todavía en la inocencia o en la ignorancia de lo que nos deparaba el futuro, acaso sólo con la diminuta sospecha de que esto recién empezaba, de que nada volvería a ser como antes.

Semanas después sería Toni, el escritor desconocido y mi nuevo ángel de la guarda, el que me conseguiría un trabajo que me salvó de la miseria; y a partir de ese momento siempre me salvaría de algo, como seguramente hizo tantas veces con su amigo en los años en que compartían un piso de la calle Tallers y se sentían salvajes. Carmen y yo quedamos muchas otras veces después de que me buscara por haber publicado en un blog una versión de esta misma historia sobre la que ella opinó, con toda razón, que, además de no estar demasiado bien escrita, resultaba inapropiada e indiscreta. La borré del blog. Y jamás volví a escribir al respecto hasta ahora.

La noche de mi incursión detectivesca por una parte de los afectos que había dejado Roberto Bolaño al morir, hice lo que solía hacer cada vez que me pasaba algo grandioso, en realidad cada vez que llegaba de madrugada y la soledad me carcomía por dentro: llamé a Jaime. Le conté mi aventura, muy bajito para no despertar a los chicos, pero igual desperté a uno de ellos, que cada vez me soportaba menos. El catalán era demasiado serio y andaba muy concentrado en volverse un gran documentalista, como en efecto sucedió. La noche en que me dio un cólico nefrítico fulminante que me tumbó en el suelo y me hizo vomitar de dolor, me llevó amablemente al hospital y estuvo conmigo hasta que me dieron de alta. En esos tres meses, como nunca antes, aprendí a confiar en la bondad de los desconocidos. Él estaba viviendo sus treintas como correspondía,

www.elboomeran.com

mientras que yo seguía llevando amigos borrachos al piso, escribiendo hasta altas horas de la noche, poniendo música a todo volumen. Creo que hasta empecé a hacerlo a propósito. Pocas semanas después me fui de allí.

Después de mucho buscar había encontrado una habitación muy grande donde Jaime y yo podríamos subsistir sin cometer actos de canibalismo, con balcones en los que podría cuidar hasta un par de plantas. Me preparaba para el fin de la primera etapa del Gran Viaje.

Hay unas fotografías que nos tomamos Jaime y yo en el tren de regreso del aeropuerto del Prat, minutos después de reencontrarnos. Él tiene el rostro anhelante. Yo, entre avergonzado y sorprendido. Recuerdo la extrañeza que me produjo abrazarlo. Cuando te acostumbras a la soledad, de repente los desconocidos se vuelven cercanos y los conocidos unos extraños. Lo ajeno es lo normal y lo inusual es que algo te pertenezca. Tuve que mirarlo mucho rato, quizá horas, días, para identificarlo como la persona a la que esperaba. Ahora que vuelvo a mirar las fotos, creo que ambos sonreímos. Nos esperaban muchos años juntos en esa ciudad. Habíamos perdido un país, pero teníamos un sueño.